





CUANDO DECIDE  
EL CORAZÓN



ELIZABETH BOWMAN

CUANDO DECIDE  
EL CORAZÓN



VESTALES

© Editorial Vestales, 2014

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales

Bowman, Elizabeth  
Cuando decide el corazón, 1.<sup>a</sup> ed., San Martín: Vestales, 2014.  
352 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1405-77-0

1. Narrativa. 2. Novela . I. Título  
CDD 863

ISBN 978-987-1405-77-0

Hecho el depósito que previene la ley 11.723  
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A Rebeca, por creer en mis historias de amor.*





## PRÓLOGO

Condado de Sheepfold, Inglaterra, 1803.

FANNY CLARK CAMINABA ABSORTA EN LA LECTURA CON una sonrisa juguetona en el semblante al tiempo que adornaba sus pasos con gráciles saltitos y se atrapaba el labio inferior entre los dientes en un encantador gesto que combinaba por partes iguales timidez, picardía e ingenuidad.

Aquel libro, *Los misterios de Udolfo*, había pasado a convertirse por méritos propios en su favorito dentro de la modesta colección literaria con que contaba en su biblioteca personal. Y a Fanny le gustaba cerrar los ojos ante algún pasaje concreto para, a continuación y de forma inmediata, encontrarse sumergida entre las apretadas líneas de tinta que se le deslizaban ante los ojos, que relataban al detalle historias capaces de remontar su mente a épocas de antaño, en las cuales damas y caballeros padecían amores desenfrenados, horribles terrores nocturnos y pasiones por completo indecorosas. Historias que encerraban universos apetecibles e inalcanzables bajo la adusta textura del papel.

En el aire sonó lánguido el eco de un suspiro: un pequeño gesto que reflejaba la resignación y el conformismo con el que su alma inquieta afrontaba y asumía la tediosa realidad que la rodeaba.

Fanny acarició con la mirada el manto de mil retales bordados en diferentes tonos de verde que la naturaleza vertía sobre la campiña antes de permitirse cerrar los ojos y soñar. Se llevó las manos al talle e inhaló profundamente. Sí, ella sería sin duda una incuestionable heroína romántica, ¡como Julieta, Ginebra o Eloísa!, capaz de interpretar tan apasionante papel a la perfección y sin el menor titubeo. No dudaría en abandonar sus aposentos en plena noche y en desenfrenada carrera, apenas vestida con un ligero camisón de lazos, con el pelo suelto cayendo sin decoro en cascada por la espalda, mientras los bucles de miel y oro acariciaban cada delicada parcela de su ardorosa piel. Deambularía perdida por los jardines aquejada por una extraña fiebre, con el cuerpo perlado de sudor y los labios temblorosos, secos, y un ansia atroz la devoraría por dentro. Y, bajo la horrenda mirada de las gárgolas y las imposibles contorsiones de los faunos de mármol, se reuniría con un oscuro caballero embozado en su capa hasta los ojos que la ceñiría salvajemente por el talle y...

Detuvo en seco los pasos y, un tanto ceñuda, se llevó un dedo a la boca para mordisquearlo y torturarlo bajo la presión de los dientes. ¿Acaso no vendería el alma a quien fuere menester con tal de que un apuesto caballero trepara por el balcón, cargara al hombro su cuerpo delgado y frágil y la raptara en mitad de la noche para obligarla a desposarse con él en alguna perdida capilla de Gretna Green?

“Me temo que le concedes demasiada importancia al amor y a la pasión”, le había dicho cierta joven en tono reci-

minatorio durante el transcurso de un desafortunado baile al que había tenido la oportunidad de asistir. Desafortunado por la escasa afluencia de caballeros aceptables y por la abundante prodigalidad de comadres, alcahuetas y jovencitas desesperadas a la caza de un buen partido que se habían dado cita para la ocasión. “Pretendes convertirlo en lo primero, en lo único.”

“¿Y acaso no lo es?”, había respondido ella. “El amor ha de ser como el viento, a veces rugirá y a veces acariciará, pero siempre, siempre ha de estar presente.”

Su interlocutora había chasqueado la lengua y agitado en el aire sus exuberantes caracolillos negros.

“Resultas muy poco práctica, Fanny Clark. El amor es opcional, mientras que el hecho de realizar un buen matrimonio es una necesidad absoluta. Si sigues alimentando semejantes ideas románticas pasadas de moda acabarás convertida en una patética solterona.”

Y, acto seguido, sin dejar de mirarla por encima del hombro con la sonrisa propia de un César triunfal, la avezada muchacha había aceptado la invitación que un caballero de nariz porcina, rostro pecoso y grasiento cabello color zanahoria acababa de ofrecerle para el siguiente baile.

De nuevo un suspiro lánguido huyó de los labios de Fanny para elevarse y perderse en la atmósfera.

Por desgracia, ni ella era tan práctica como la mayoría de las señoritas en edad casadera, ni en Sheepfold sucedía nunca nada emocionante. En consecuencia, la vida de la joven, soñadora y desatinada Fanny Clark distaba mucho de poseer tanto el entretenimiento de las apasionantes existencias de las heroínas de las novelas que leía como la resignada practicidad de las jóvenes capaces de esconder cada noche la cabeza de sus

esposos bajo un saco de rafia con tal de poder decir al mundo que engrosaban el afortunado grupo de las mujeres casadas.

Cerró el libro con brusquedad mientras consentía que uno de sus dedos ejerciera de marcador entre las hojas. Infló los pulmones con más oxígeno del que era probable que pudieran tolerar y, después de obligarse a retenerlo a la fuerza durante un eterno minuto, acabó por soltar poco a poco todo el aire sobrante mediante una dilatada exhalación y resopló con fastidio y resignación ante el tedio insalvable que la envolvía y del que, sea como fuere, se sentía incapaz de huir. ¿Incapaz? Impulsada por invisible resorte, como si al actuar de ese modo pretendiera rebelarse contra la realidad, echó a andar con tanto impulso y rapidez que pronto la precipitación de sus pasos se convirtió en una carrera. La amplia tela de la falda se le enredaba entre las piernas y las entorpecía al amoldarse a las delicadas formas. La violencia de la carrera y los zarpazos gélidos de la brisa de la tarde le arrancaron lágrimas de los ojos y le oprimieron el alma, pero, al menos durante los breves minutos que duró, consiguió sentirse viva y libre de toda opresión.